«Nuestros mártires no murieron por una nueva dictadura». Así se expresaba la mayoría del pueblo tunecino durante la reciente campaña electoral para renovar la Asamblea Nacional. El domingo 26 de octubre marcará el comienzo del tránsito a la modernidad democrática en Túnez sin por ello romper los nexos profundos, culturales, con una legítima tradición. La opción política del islamismo 'moderado' ('Ennahdha'), que ha venido gobernando en gobierno y Asamblea provisional de transición, con permisividad evidente de los islamistas más radicales de extracción salafista y con prácticas yihadistas influenciadas por el 'islam del exterior', no lograron la mayoría con un 24% que los sitúan como «el gran perdedor» en un contexto regional que les podría haber sido favorable, máxime habiendo acaparado todos los resortes del poder real. Hoy el 'islamismo moderado' es la segunda fuerza política de Túnez. Las elecciones las ha ganado el partido Nida Túnez con un 37%, liderado por mi respetado amigo, que fuera un perseverante opositor al dictador Ben Ali hoy en el exilio, Béji Caid Essebsi, que fue ministro del Líder de la Independencia, Habib Burguiba. Caid podría ser el próximo presidente de la República, elección prevista antes de que finalice el año. Su partido que, a grandes rasgos se inspira en el burguibismo (Burguiba fue un político con una fuerte personalidad 'laica y modernizante'), ha logrado ser el catalizador de las mayoritarias fuerzas laicas y democráticas, entre las que hay que contar la fuerte presencia del voto de la mujer tunecina que con la opción islamista tenía mucho que perder. Pero marginar al 'islamismo moderado' sería un craso error para la necesaria estabilidad. En un país no habituado a las elecciones democráticas, la tasa de participación de 61,8% puede considerarse razonablemente alta.

Solamente cinco partidos, de los 195 en liza, se presentaron en todas las circunscripciones. Es la primera vez que el pueblo tunecino acude, constitucionalmente, a la llamada de las urnas. El 17 de diciembre de 2010 se inmolaba el joven Mohamed Buazis, siendo el detonante del fin de la dictadura y de la apertura de un proceso democrático y constitucional. Elegida una Asamblea Constituyente, en la que los islamistas 'moderados' tenían mayoría (así como en el Gobierno provisional), los parlamentarios, presionados por la calle, lograron redactar una Constitución democrática (declarando la igualdad entre hombres y mujeres, y la libertad religiosa) y así sentar las bases de un estado de derecho. Esta Constitución ha hecho posible las recientes elecciones legislativas totalmente democráticas del domingo 26 de octubre y ha permitido que el pueblo tunecino exprese libremente sus opciones, colocando en minoría relativa al islamismo 'moderado'. Y ha abierto la vía a las próximas elecciones presidenciales, que los sondeos dan por ganador (ahora, con más precisión ya que ganó las legislativas) a Béji Caid Essebsi si fuese candidato. En Túnez no ha sido necesario que las Fuerzas Armadas intervengan contra el islamismo político, como fue el caso en Egipto aunque, según fuentes diplomáticas bien informadas, estaban preparadas si la situación lo hubiese requerido.

Es muy probable que solamente en Túnez pueda seguir hablándose, con legitimidad democrática, de la 'primavera árabe'. El difícil proceso político que la siguió ha culminado con unas elecciones legislativas dentro de la normalidad democrática. Y en breve, algo semejante es de esperar sea realidad con la elección del nuevo presidente de la República.

Los legisladores tunecinos lograron asumir la modernización en una compleja fórmula de tensión dialéctica entre tradición y modernidad. Esta fórmula, que integra las tradiciones y la diversidad cultural y la libertad religiosa, es la clave para la remodelación democrática de los islamistas 'moderados' y es válida para los otros países y sociedades arabo-islámicas. Estados Unidos y Francia, así como lo que llamamos Occidente, saben por propia experiencia que el 'modelo' de democracia occidental ya no es exportable.

Túnez se enfrenta a importantes retos. El más relevante, la preservación y defensa de su democracia frente a la amenaza del yihadismo radical que lo tiene muy próximo en la vecina Libia y en la nebulosa de Al Qaeda Magreb. Las recientes elecciones democráticas constituyen la más firme respuesta. Pero Túnez tiene también desafíos importantes para relanzar su economía productiva y el turismo. Cierto es que se trata de un país que juega con una extraordinaria ventaja: las altas tasas de escolarización y la firmeza cívica de las mujeres que disfrutan de un sistema legislativo que las protege incluso más que en algunos países europeos. Túnez posee unas elites intelectuales muy bien formadas; un sistema sanitario de cobertura universal y un particular sistema asistencial y de solidaridad social que, en parte, tiene un origen en tradicionales prácticas religiosas (lo que en una política global es positivo, como lo es Cáritas en España). Las nuevas tecnologías se implantaron en el país hace años, así como la gestión informatizada. Pero, con todo ello, no deja de ser una economía débil, que no escapa a las turbulencias de la globalización. No cabe la menor duda de que el ejemplar proceso democrático que vive el país no solamente atraerá inversiones internacionales, sino, también, protección internacional a un 'modelo' que puede inspirar alternativas en otros países árabes de la cuenca mediterránea, sin dejar en el olvido razones de seguridad y paz internacionales.

Apostar por Túnez es un deber de solidaridad internacional, mediterránea y de desarrollo humano, baluartes de la paz y la seguridad internacionales. Es un terreno privilegiado, también, para la diplomacia preventiva.